

## **Romanos 13:11-14**

Romanos 13:11-14 Adviento 1, 1992

Hace unas semanas se vieron en la televisión colas de gente que es extendían por muchas cuadras. Fastidiados por la larga espera, tenían la esperanza de recoger su libreta electoral antes de las elecciones para el CCD. Se podría haber hecho antes, pero esperando hasta el último momento, se encontraban en la situación difícil de tener que pasar todo el día en la cola. Todo porque no habían prestado atención al hecho de que se acercaba el día de las elecciones. El día les había sorprendido.

Nuestro texto también habla de reconocer el tiempo, de dar atención a la verdadera situación en la cual vivimos, para que la segunda venida de Cristo no nos coja desprevenidos, con consecuencias mucho más desastrosos que para los que no alcanzaron a recoger su libreta electoral. Basado en nuestro texto, nuestro tema será: Hagamos caso del tiempo. Pablo recuerda a los romanos de un hecho incontrovertible:

Se acerca el día de la salvación final. Escribe esto a cristianos, a personas que han llegado a la fe en Jesucristo, que ahora forman parte de la congregación cristiana. Les dice que "Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos". El tiempo se avanza.

El día final, el día del regreso del Señor Jesucristo, inexorablemente se acerca más. Desde el momento en que habían llegado a creer, la meta había sido la salvación eterna en el cielo. Día con día se acercaba esa meta. Era más cerca ahora que en el momento en que primero habían llegado a creer. Algún día llegaría, y ellos entrarían en el pleno gozo de su salvación, con que no se engañaran con las apariencias de este tiempo. Por eso Pablo tiene que advertirles del peligro, llamando la atención a lo que caracteriza el mundo.

El mundo está en tinieblas. Las tinieblas caracterizan la noche. Y la noche es una metáfora apta para la condición del mundo que perece. Y esto por dos razones. Una de las actividades características de la noche es dormir. Se acuesta la gente, cierra sus ojos, y pierde toda conciencia de lo que les rodea hasta la mañana. Pueden suceder hasta temblores leves, y en la mañana si se pregunta a muchas personas acerca del temblor, contestarán: "Ni lo sentí, estaba dormido, pues".

Esta es la situación espiritual de los hijos de este mundo Siguen con todas sus actividades normales. No se preocupan por el juicio venidero. Les parece que todo ha de ir bien con ellos, porque si no son perfectos, tampoco son peores que otros, y nadie puede pedirles más. No se dan cuenta de que toda obra hecha sin fe es pecado que acarrea sobre ellos la ira de Dios. No se dan cuenta que EL gran pecado es no creer en Jesucristo como su único Salvador del pecado. "El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él". Juan 3:36. Así siguen su vida, dormidos espiritualmente, de modo que el día del juicio les llegará como un momento de sorpresa sumamente ingrata.

Pero también es apta la descripción de este mundo como un estado de tinieblas porque es gobernado por uno que es caracterizado por las tinieblas en el sentido moral; el diablo se llama el príncipe de las tinieblas. El diablo ciega los ojos de los que son suyos, no deja que penetre la luz. Produce en sus seguidores toda clase de obras de las tinieblas, las cosas que traen el desagrado y el juicio de Dios.

A causa de la carne, los cristianos también están en peligro. Los cristianos, en ese momento en que llegaron a creer, fueron sacados de las tinieblas del mundo por el gran poder de Dios. Por medio del evangelio, llegaron a ver que Dios en Cristo les había rescatado de sus pecados, del diablo, de este mundo que perece, del infierno. Cristo se había cargado con sus pecados y los había expiado con su muerte en la cruz, y con su gloriosa resurrección y ascensión había garantizado y preparado para ellos un lugar en el cielo.

Pero los cristianos todavía están en este mundo. El que persevera hasta el fin es el que recibirá la corona de la vida. Todavía hay muchos peligros en el camino. El diablo seguirá tentando, y buscando la caída de los que han sido rescatados de él. No abandona fácilmente a los que habían estado bajo su control. Uno de sus trucos favoritos siempre ha sido convencer a los cristianos a bajar la guardia, a disfrutarse con los placeres pecaminosos de este mundo un poco tiempo más, porque después habrá bastante tiempo para volver a Cristo. El éxito que ha tenido con esta estratagema es obvio.

Muchos que habían sido rescatados han bajado la guardia. Comienza con una pequeña indulgencia con algo que uno sabe que es pecado contra Dios. Pero las consecuencias no parecen

tan inmediatas. Tal vez se sigue con una indiferencia al oír la palabra de Dios. Después de todo, hemos oído estas cosas antes. Se comienza a ausentarse de los cultos. Las ausencias se hacen más frecuentes. Se comienza a mirar con deseo cosas prohibidas, después a tocarlas, después a gozarlas en secreto, y finalmente abiertamente.

Finalmente han caído otra vez en el sueño de la incredulidad. Su situación es igual como antes de conocer a Cristo, están igualmente ciegos. No se dan cuenta ya de su peligro. No, su situación es peor, porque no han actuado en ignorancia, sino con pleno conocimiento han pisoteado al Señor que les había comprado. "Cuanto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia... Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo." Heb. 10:29,31.

Ninguno de nosotros está fuera del peligro de que esto pase con nosotros. Por tanto, es necesaria la advertencia de nuestro texto. Pablo nos recuerda la necesidad de cuidarnos en todo tiempo. No debemos tomar el primer paso hacia esa cuesta empinada, resbalosa, que resultaría en nuestra eterna condenación.

Por eso Pablo nos amonesta: Despertémonos para saludar el día. El día se acerca. Ese es el gran mensaje. La noche está avanzada. Está a punto de desaparecerse, con las tinieblas y todos los hijos de las tinieblas. El pleno día soleado y eterno, el día de la eternidad, en donde veremos el rostro glorioso de nuestro Salvador para siempre se acerca. Por tanto, no debemos orientarnos ya a las tinieblas. Su tiempo ha pasado. Miremos más bien con anticipación y gozo el día eterno que se acerca.

Pablo menciona algunas de las actividades que especialmente caracterizan a los hijos de las tinieblas. Advierte a los cristianos que estas cosas no convienen, que más bien, si se persiste en estas cosas solamente demuestran ser hijos de las tinieblas y por tanto hijos de ira, sujetos a la ira y la condenación. Nuestra carne también podría tratar de convencernos que no hay mucho peligro en estas cosas, que todo el mundo las hace, y que podemos bajar la guardia.

Pero Pablo nos advierte a quitar estas cosas. Así como la primera cosa que hace una persona al llegar el día es quitar de ropa de dormir y poner lo que es apropiado para el día. Así,

como los que se dan cuenta que el día se acerca, debemos quitar la glotonería y las borracheras.

Es la naturaleza del hombre no usar, sino abusar de los buenos dones de Dios. La comida, que es para sostener el cuerpo, se usa al exceso para dañar y destruir el cuerpo. El vino, que es don de Dios para alegar el corazón del hombre, se usa para embriagarse y así también dar rienda suelta a toda clase de pecados. Debemos quitar, además, las lujurias y lascivias.

El don del sexo, que Dios estableció para ser usado castamente dentro del matrimonio, se corrompe en toda clase de deseo y prácticas ilícitas, los hombres justificándolo como un apetito natural, como comer y beber. Necesitamos las advertencias de la Escritura para no engañarnos. "Ni los fornicarios,... ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones... heredarán el reino de Dios" (1 Cor. 6:9).

También advierte contra contiendas y envidias. Nada hay más característica de los no regenerados que el egoísmo desenfrenado que fácilmente se ofende, y luego está presto también a ofender. Toda clase de pleito, toda envidia, toda riña es también una obra infructuosa de las tinieblas. Me temo que en esto el maligno ha tenido mucho éxito en adormecernos. Que sea suficiente una palabra al sabio. Si en algunas de estas cosas hemos vuelto a involucrarnos, es tiempo de despertar del sueño. Es tiempo de arrepentimos. Es tiempo de volver otra vez al Señor Jesucristo para pedir su clemencia y perdón, y es tiempo de no dar ocasión para los deseos de la carne.

Algunos piensan que tenemos que satisfacer esos deseos. Pero no debemos nada a la carne de la cual solamente cosechamos la corrupción y la condenación. Hemos sido libertados en Cristo, y no tenemos ninguna obligación a los deseos de la naturaleza pecaminosa.

Más bien debemos ponernos las armas de la luz. Se llaman armas porque la vida cristiana es una lucha. Satanás no nos deja en paz. Sigue tentándonos, y buscando hacernos tropezar. Hay que armarnos, entonces, para la batalla. "Vestios de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo... Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo estar firmes... Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podéis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra

de Dios, orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu" (Ef. 6). Estas son las armas del cristiano. Con ellas podrá vencer al maligno.

También se llaman armas de luz porque reciben poder y motivación de la luz del mundo. Es Jesucristo mismo que ya ha brillado sobre nosotros en la luz del evangelio del perdón y paz con Dios. Es él que ilumina nuestro camino al hogar celestial. Al dirigir nuestra vista a él, tenemos toda razón en resistir firmemente todo lo que podría poner en peligro nuestra participación en el glorioso día de salvación que se avecina en él.

Pablo sigue exhortándonos a vestirnos del Señor Jesucristo. Nos hemos vestido de Cristo por el bautismo y la fe para la justificación. Por medio de nuestro bautismo Dios mismo nos revistió de Cristo, eso es, nos vistió en su perfecta vida y obediencia, de modo que Dios ya no ve ninguna mancha de pecado en nosotros, sino solamente la perfecta justicia de Jesucristo. Esto lo poseemos perfectamente por medio de nuestra fe y confianza en nuestro Señor Jesucristo. Pero es justo que debemos también vestirnos de Cristo para santificación.

Cristo como modelo en la vida. Debemos también siempre tener a Cristo ante nosotros como modelo. Diariamente debemos ponernos a Jesucristo también en nuestra manera de vivir. ¿Hemos sido perdonados por Cristo? Perdonemos luego a los demás. ¿Hemos sido amados, sin merecerlo? Seamos también amables con los demás, y no preguntemos primero si su conducta hacia nosotros merezca nuestro amor. ¿Podemos imaginar a Cristo defraudando a su prójimo en un asunto de negocios? No lo hagamos tampoco. Todo esto en anticipación del día en que seremos librados completamente de todo lo que no sea conformado a la imagen del Hijo de Dios.

Cuando miramos con anticipación el acercamiento de ese día, confiando siempre en la perfecta justicia de Jesucristo que cubre todas nuestras injusticias, y vigilando contra el sueño espiritual del cual ya nos hemos despertado por la gracia de Dios, y buscamos cada día ser más conformados a la imagen de Jesucristo, estamos bien preparados, y el día de la venida de Jesucristo en verdad será un día de salvación. Habremos conocido bien el tiempo. "Ahora está más cerca de<sup>1</sup> nosotros nuestra SALVACION que cuando creímos". Amén.